

Un fantasma en la garganta
DOIREANN NÍ GHRÍOFA
TRADUCCIÓN DE PATRICIA GONZALO DE JESÚS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
A Ghost in the Throat

Copyright © DOIREANN NÍ GHRÍOFA, 2020

Primera edición: 2023

Traducción

© PATRICIA GONZALO DE JESÚS

Imagen de portada

© REBEKA ELIZEGI

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2023

América, 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-19261-28-1

Depósito legal: M-24297-2022

Impreso en España



Este libro fue publicado con el apoyo de Literature Ireland



Cofinanciado por
la Unión Europea

El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella

A las tres Eileens que encendieron
el farol que ilumina mi camino:
Eileen Blake, Eileen Forkan
y Eibhlín Dubh Ní Chonaill

Somos un eco que se desliza a través
de una sucesión de habitaciones.

CZESŁAW MIŁOSZ

*Dá dtéadh mo ghlaio chun cinn
Go Doire Fhíonáin mór laistiar*

Si mi alarido alcanzara
hasta la gran Derrynane

EIBHLÍN DUBH NÍ CHONAILL

1. un texto hembra

*thug mo shúil aire duit,
thug mo chroí taitneamh duit,*

cuán deslumbrado quedó mi ojo,
cuán arrebatado quedó mi corazón,
EIBHLÍN DUBH NÍ CHONAILL

Este es un texto hembra.

Este es un texto hembra, redactado mientras doblaba la ropa de otros. Mi mente se aferra a él, que crece, tierno y pausado, mientras mis manos desempeñan innumerables tareas.

Este es un texto hembra, preñado de culpa y deseo, zurcido a la cantinela de los dibujos animados.

Este es un texto hembra y es un pequeño milagro el mero hecho de que exista, como lo hace en este mismo instante, encumbreado a otra conciencia mediante el prodigio cotidiano de la letra impresa. Como cotidiana es también la andanada de pensamientos obsesivos que se precipita ahora de mi cuerpo al tuyo.

Este es un texto hembra escrito en el siglo XXI. Qué tarde. Cuántas cosas han cambiado. Qué pocas.

Este es un texto hembra y, además, un *caoineadh*: un canto fúnebre y una canción de trabajo, una loa de alabanza, un cántico y un plañido, un lamento y un eco, un estribillo y un himno. Únete a él.

2012

Todas y cada una de mis mañanas son más de lo mismo. Le doy un beso a mi marido y siento una punzada: por más que se repita nuestra despedida matutina, siempre lo echo de menos cuando se marcha. Con su motocicleta aún rugiendo en la distancia, ya me apresuro a zambullirme en mi jornada. Primero doy de desayunar a nuestros hijos, luego lleno el lavaplatos, recojo los juguetes, limpio cuanto se ha derramado, echo un vistazo al reloj, llevo al mayor al colegio, regreso a casa con el mediano y el bebé, suspiro e increpo, río y beso, me desplomo en el sofá para amamantar al pequeño, echo otro vistazo al reloj, leo *La pequeña oruga glotona* varias veces, intento enjuagar el vómito de bebé pegado a mi coleta en el lavabo, en vano, levanto una torre de bloques cuya única finalidad es ser derribada, hago un conato de pasar la fregona, desisto cuando el bebé empieza a llorar, beso las rodillas del mediano, que se ha resbalado en el suelo a medio fregar, echo de nuevo un vistazo al reloj, limpio más zumo derramado, siento al mediano a la mesa con un rompecabezas y llevo al pequeño al piso de arriba para que duerma un rato.

El bebé duerme en una cuna de tercera mano que se mantiene en pie a base de cinta adhesiva negra, y las paredes de nuestro dormitorio alquilado no están decoradas con murales de tonos pastel, sino con una constelación de moho negro. Nunca soy capaz de recordar una nana, así que, en su lugar, recurro a melodías de *mixtapes* adolescentes. Solía rebobinar «Karma Police» de forma tan obsesiva que temía que el carrete marrón fuera a partirse. Sin embargo, cada vez que presionaba *play*, el aparato me devolvía una vez más la canción. Ahora, exhausta, regreso a esa melodía, que tarareo suavemente mientras el bebé traga con un gluglú el contenido de mi pecho. Una vez que se le relaja la mandíbula y se le quedan los ojos en blanco, me escabullo, pasmada otra vez al caer en la cuenta de la frecuencia con la que un sinfín de mujeres desconocidas viven momentos de mi día en un sinfín de habitaciones

desconocidas, a través del texto compartido de nuestras jornadas. Me pregunto si les gusta este tráfago igual que a mí, si experimentan la misma dicha al ir tachando una lista como la mía, repleta de simplezas como:

Ir al colegio
Pasar la fregona
Pasar la aspiradora en el piso de arriba
Sacaleches
Basura
Lavaplatos
Colada
Limpiar baños
Leche/Espinacas/Pollo/Copos de avena
Ir al colegio
Banco + Parque infantil
Cena
Baños
Hora de dormir

Tengo la lista tan a mano como mi móvil y siento una enorme satisfacción cada vez que me quito una tarea de en medio. En ese tachón radica la felicidad. Por más que me entregue a las tareas domésticas, cada una de las habitaciones bajo mi control vuelve a descomponerse de inmediato a mi paso, como si una mano en la sombra empezara ya a escribir las listas aún no escritas de mis mañanas: más orden, más aspiradora, más plumero, más bayeta y fregona y cera. Cuando mi marido está en casa, nos repartimos las tareas, pero cuando estoy sola, trabajo sola. Aunque no se lo diga, lo prefiero de esta forma. Me gusta tener el control. A pesar de todas las tareas en mi lista y a pesar de mi fervor por llevarlas a término, mi casa luce el alegre desaliño de cualquier otro hogar con niños pequeños, ni más ni menos.

Esta mañana, hasta el momento, únicamente he tachado ~~ir al colegio~~, una tarea que incluía levantar a los niños,

vestirlos, lavarlos y alimentarlos, recoger la mesa del desayuno, encontrar abrigos y gorros y zapatos, cepillar dientes, gritar la palabra «zapatos» varias veces, llenar una fiambarrera para el almuerzo, revisar una mochila escolar, volver a gritar por los zapatos y luego, por fin, recorrer el camino de ida y vuelta al colegio. Desde que he regresado a casa, aún no he hecho más que llenar el lavaplatos a medias, ayudar a mi hijo a completar un rompecabezas a medias y fregar el suelo a medias. Nada digno de ser eliminado de mi lista. Me aferro a mi lista porque es la que me lleva de la mano día tras día, dividiendo las horas en una serie de tareas pequeñas, asequibles. Al final de una buena lista, cuando estoy de nuevo en brazos de mi marido ya dormido, este texto se ha convertido en una secuencia de garabatos, una obliteración que observo con dicha y deleite, porque la eliminación gradual de este documento manuscrito me hace sentir como si hubiera logrado algo digno de mi tiempo. Esta lista es mi mapa y mi brújula.

A estas alturas ya me he dado cuenta de que me estoy quedando rezagada, así que echo un vistazo al texto con mis tareas de hoy para corregir el rumbo, pongo el lavaplatos a zumbar y trazo una línea sobre esa palabra. Sonrío mientras ayudo al mediano a encontrar una pieza perdida de su rompecabezas, aplaudo cuando lo completa y finalmente recorro al mando a distancia. No lo acurruco a mi lado mientras ve *Los octonautas*. No me siento a su lado en el sofá ni cierro los ojos cansados durante diez minutos. En vez de eso, voy corriendo a la cocina, termino de fregar, vacío los cubos de la basura y marco esas tareas con una floritura.

En el fregadero me lavo con ahínco las manos, las uñas y las muñecas. Me las vuelvo a lavar. Saco del esterilizador las piezas del embudo y los filtros para montar mi sacaleches. Estos cacharros no son precisamente baratos y ya no tengo un trabajo remunerado, así que lo compré de segunda mano. En mi pantalla el anuncio resultaba tan turbador como la historia de los zapatos de bebé atribuida por lo general a Ernest Hemingway:

Comprado por 209 €. Se vende por 45 € o al mejor postor.
Usado una sola vez.

Cada mañana, durante meses, este aparato y yo hemos llevado a cabo el mismo ritual con la finalidad de recoger leche para bebés desconocidos. Me desabrocho el sujetador y saco el pecho para colocarlo en el embudo. Es siempre el pecho derecho, porque mi pecho izquierdo es un huevón. Se ha rendido apenas un mes después del parto, así que bebé y máquina tienen que darse por servidos con el derecho. Presiono el interruptor, hago una mueca de dolor porque me succiona el pezón con tirones incómodos y, cuando me acostumbro, giro el dial que controla la intensidad con la que el dispositivo tira de la carne. Al principio el mecanismo succiona con rapidez y firmeza, imitando el patrón del bebé, hasta que supone que la leche ha empezado a brotar. Después de unos instantes la bomba fija una cadencia regular: un tirón largo, liberar, repetir. La sensación, en lo que al pezón respecta, es como una secuencia de pequeñas descargas de electricidad estática o algún tipo de afección extraña que cursa con hormigueo. A diferencia de amamantar a un bebé, este proceso siempre produce punzadas, nunca es placentero. Sin embargo, las molestias son soportables. Poco a poco, la leche empieza a fluir a petición del aparato, se desprende de algún lugar bajo mi axila. Cae del pezón una gota que es absorbida de inmediato por la máquina. Luego otra. Y otra. Hasta que se acumula un poco de menisco en la base del biberón. Aparto la vista.

Algunas mañanas en que me encuentro particularmente cansada, sueño despierta o dedico diez minutos a hacer una muesca en un libro de la biblioteca, pero hoy, como muchos otros días, cojo mi ajada fotocopia de *Caoineadh Airt Uí Laoghaire* e invito a la voz de otra mujer a poseer mi garganta durante un rato. Así es como ocupo el único y exiguo silencio de mi día: subiendo el volumen de su voz, que se suma al jadeo-zumbido de mi bomba extractora, hasta que no oigo nada más allá. En el margen, mi lápiz entabla un diálogo con múltiples versiones

previas de mí misma, un cambiante registro mental en el que cada signo de interrogación plantea preguntas sobre la vida de la poeta que compuso el *Caoineadh* y nunca cuestiona mi propia vida. Unos minutos más tarde vuelvo en mí, sobresaltada, para encontrar la bomba rebosante de un tibio líquido blanquecino.

Cuando nos conocimos, yo era una niña y ella llevaba muerta varios siglos.

Mira: tengo once años, soy una cría que es un desastre para los números y los deportes, una cría proclive a quedarse mirando las musarañas por la ventana, una cría cuyo único y auténtico don consiste en soñar despierta. La profesora grita mi nombre devolviéndome de sopetón a la endeble aula prefabricada. Su voz se remonta a un buen día de 1773 y coloca a unos soldados ingleses agazapados en una emboscada. Yo añado el agua de una acequia para calarlos hasta las rodillas. Sus mosquetes apuntan a un joven que cae de su montura a cámara lenta, muy lenta. Una mujer entra en escena a caballo para arrodillarse frente a él, su voz se alza en una fórmula antigua de aliento y sílabas que la profesora denomina *caoineadh*, un canto fúnebre. Su voz genera un eco lo suficientemente intenso como para alcanzar a una cría de cabello oscuro con las uñas mordidas, en la distancia. A mí.

En clase se nos presenta la imagen de esta mujer, de pie, sola. Una oportuna brisa la convierte en la típica irlandesa de mejillas sonrosadas azotada por el viento. Esta, nos dicen, es Eibhlín Dubh Ní Chonaill, una de las últimas nobles del antiguo orden irlandés. Su historia parece triste, sí, pero también un poco sosa. Deberes escolares. Un aburrimiento. Mi mirada ya ha alzado el vuelo junto con los cuervos, mientras en mi mente resuena como un disco rayado mi canción pop más odiada: «*and you give yourself away...*». Por más que intento sacármela de la cabeza, esa letra no me da tregua.

Cuando me vuelvo a topar con ella, recuerdo nuestro primer encuentro solo a medias. Siendo adolescente, tengo un flechazo de colegiala con este *caoineadh*: me quedo embobada con el trágico romance engastado en sus líneas. Cuando Eibhlín Dubh describe cómo se enamora a primera vista y abandona a su familia para casarse con un desconocido, la adoro, exactamente igual que cualquier quinceañera adora una historia que consiste en fugarse para siempre. Cuando encuentra a su amante asesinado y recoge su sangre con las manos para bebérsela, garabateo en el margen corazones atravesados por flechas. Aunque todavía no soy capaz de entenderlo, algo reverbera en mí cada vez que regreso a la imagen de una mujer arrodillada para beber del cuerpo de su amante, algo que me recuerda el destello que siento en mi interior cada vez que un novio presiona sus caderas adolescentes contra las mías y sus labios contra mi cuello.

Me devuelven los deberes con una gran X en rojo y, lo que es peor, la letra de la profesora me advierte: «¡No te dejes llevar por la imaginación!» . Mis sentimientos por estos versos son tan profundos que estoy convencida de que mi respuesta tiene que ser la correcta, así que, con justificada exasperación, paso una página tras otra a golpetazo limpio para volver al poema, con el ceño fruncido. Como respuesta a la pregunta «Describe el primer encuentro de la poeta con Art Ó Laoghaire» he escrito: «Se sube de un salto a lomos de su caballo y se marcha cabalgando con él para siempre». Sin embargo, cuando regreso a ese momento, me quedo perpleja al descubrir que mi profesora está en lo cierto: esa imagen no aparece en el texto. Si no proviene del poema, ¿de dónde ha salido? Puedo visualizarla con total claridad: los brazos de Eibhlín Dubh ciñendo la cintura de su amante, los dedos entrelazados sobre su cálido vientre, el repiqueteo de los cascos y la estela de su larga melena ondeando tras ella. Puede que para mi profesora no sea real, pero lo es para mí.

Si de niña mi forma de entender el poema era, por lógica, infantil y mi interpretación adolescente poco más que un arrebatado, mis lecturas viraron de nuevo cuando me hice adulta.

Ya no tenía clases a las que asistir ni libros de texto o poemas que estudiar, pero me había impuesto un nuevo currículo que debía dominar con maestría. Al intentar criar a nuestros hijos con un solo sueldo, me estaba instruyendo para vivir según enseñaban los rigores de la frugalidad. Examinaba cuidadosamente los anuncios por palabras y las ofertas del supermercado. Quedaba con desconocidos por internet y les entregaba unas monedas a cambio de fardos de ropa de sus bebés. Vendía nuestros propios fardos. Recorría mercadillos de segunda mano y regateaba el precio de juguetes y puertas de seguridad. Solo compraba sillas de coche rebajadas. Se aprendía una cierta determinación de semejante ahorro, y pronto le cogí el tranquillo.

Mis primeros años de maternidad, con toda su fatiga y sobrecogimiento e inquietud, tuvieron lugar en diversas habitaciones alquiladas del centro de la ciudad. Aunque yo me había criado en el campo, descubrí que me encantaba vivir allí: las hileras de casas adosadas y vecinos sonrientes con sus gatos atigrados y sus terrier, todos nuestros contenedores de basura alineados, uno al lado del otro, los gritos de rabia o lujuria entreoídos en la oscuridad, y los fines de semana las fiestas con sus alegres coros de borrachos. Nuestros grifos siempre goteaban, había ratas en el minúsculo patio y el resplandor de la ciudad por la noche hacía que no se pudieran vislumbrar las estrellas, pero cuando me levantaba para amamantar a mi primer hijo, y después al segundo, podía abrir las cortinas y ver la luna entre los chapiteles. En aquellas habitaciones en la ciudad escribí un poema. Escribí otro. Escribí un libro. Si los poemas que me asaltaban por las noches pueden ser considerados poemas de amor, lo eran de amor por la lluvia y por las flores alpinas, por el extraño vocabulario de un cuerpo embarazado, por las nubes y por las abuelas. Ningún poema llegó como una loa al hombre que dormía a mi lado mientras yo

escribía, el hombre cuya piel iluminada por la luna siempre atraía mis labios. El amor que sentía por él me parecía inabarcable, demasiado grande para verterlo en el pulcro recipiente de un poema. No era capaz de expresarlo con palabras. Sigo sin serlo. Mientras él soñaba, yo contemplaba poemas que se precipitaban hacia mí atravesando la oscuridad. La ciudad había encendido algo en mi interior, algo que palpitaba, vulnerable como una fontanela, algo que se estremecía, como yo, entre la felicidad y el agotamiento.

Ya nos habíamos mudado dos veces en tres años, y los titulares seguían informando de la subida de los alquileres. Nuestros caseros siempre veían una oportunidad en el boletín informativo, y ¿quién podía culparlos? Yo. Los culpaba cada vez que nos echaban a la calle encogiéndose de hombros. Por entusiasta que fuera su carta de recomendación, siempre les guardaba rencor por obligarme a abandonar mi hogar una vez más. Estábamos a punto de mudarnos de nuevo. Había estado buscando durante semanas, hasta que por fin encontré un pueblo cercano con alquileres más bajos. Firmamos otro contrato de alquiler, cargamos el coche y dejamos atrás la ciudad. No quería irme. Conducía despacio, mi codo forcejeando al cambiar las marchas, encajado entre nuestro viejo televisor y una bolsa de basura llena de peluches, mi voz dirigiendo un coro a través de «cinco patitos fueron un día a nadar». Me abrí camino por carreteras desconocidas, «sobre las colinas y más allá», escudriñando la señalización a Bishopstown y Bandon, a Macroom y Blarney, mientras cantaba «Mamá pato dijo cua, cua, cua...», hasta que mi ojo tropezó con la señal a Kilcrea.

Kilcrea. Kilcrea. Aquella palabra resonaba machacona en mi cabeza mientras abría la nueva puerta, resonaba una y otra vez mientras fregaba la suciedad de las baldosas y ponía cara de asco ante la biografía de sangre seca y manchas de semen en los colchones. Kilcrea, Kilcrea, aquella palabra me estuvo sacando de quicio durante días, mientras desembalaba libros y abrigos y vigilabebés, cucharas y toallas y cargadores de teléfono enmarañados, hasta que al fin hice memoria. ¡Sí! En

aquel viejo poema del colegio, ¿no era Kilcrea el nombre del composante en el que la poeta enterraba a su amante? Me dio un escalofrío al recordar mi flechazo con ese poema, el mismo escalofrío que cuando evocaba a todas aquellas escuálidas estrellas de rock arrancadas de revistas y clavadas con chinchetas en mis paredes de adolescente, el vocabulario que me permitía expresar mi incipiente deseo. Me estremecía, en general, ante mi yo adolescente. Me incomodaba esa chica, cómo hacía alarde de sus apetencias con tanto descaro, esa chica que presumía de una mochila revestida de deseo escrito con t́pex, que garabateaba con su propio rotulador encima de capas de grafitis callejeros, que se quedaba mirando de forma obscena a desconocidos a través de la ventanilla del autob́s, que los miraba a los ojos y les sostenía la mirada hasta que veía su propia lujuria bullendo en ellos. La chica a la que pillaron en plena conducta indebida detŕs del colegio y amenazaron con la expulsión. La chica a la que llamaban *zorra* y *puta* y *estrecha*. La chica condenada al ostracismo a la que retiraron la palabra. La chica a la que castigaban una y otra y otra vez. La chica a la que le importaba todo un bledo. Yo estaba allí, cant́ndole a un niño mientras limpiaba mierda seca del retrete de un desconocido. ¿D́nde estaba ella?

Había llegado al aparcamiento del colegio demasiado pronto para recoger al mayor y me había refugiado de la lluvia bajo un árbol. Mi bebé aún estaba soñando bajo la capota de plástico de la sillita y yo no podía evitar admirar sus mejillas de color carmín y sus bracitos regordetes con hoyuelos, que arropé con su manta. *Así*. En la hierba desaliñada que bordeaba el cemento, los abejorros estaban de exploración... Si tuviera mi propio jardín, pensé, lo llenaría de sotobosque de trébol y de todas las malas hierbas que les fascinan, me arrodillaría al servicio de las abejas. Miré más allá, hacia las colinas, y, pensando otra vez en aquella señal de tráfico, busqué mi teléfono. El *Caoinéadh* tenía muchas más estrofas de las que recordaba:

treinta o más. El paisaje del poema iba cobrando vida a medida que lo leía, vivía en torno a mí, vivía y bullía con la lluvia, y yo me sentía viva en él. Bajo aquel árbol empapado, descubrí a sus hijos, «*Conchubhar beag an cheana / is Fear Ó Laoghaire, an leanbh*», y lo traduje para mis adentros como «nuestro adorable pequeño Conchubhar / y Fear Ó Laoghaire, el bebé». Me sorprendió encontrar a una Eibhlín Dubh embarazada, esta vez de su tercer hijo, igual que yo. Nunca me la había imaginado siendo madre en mis lecturas anteriores, o quizá simplemente había ignorado esa parte de su identidad, puesto que la colisión de maternidad y deseo no habría encajado en la manera en que mi yo adolescente quería verla. Ahora, sin embargo, mientras la cicatriz en la yema de mi dedo navegaba por el texto, casi podía imaginármela tarareando una nana en la oscuridad. Me deslicé por la pantalla, de principio a fin, luego arrastré el dedo hasta el comienzo para volver a leerlo. Esta vez más despacio.

El poema comenzaba desde el punto de vista de Eibhlín Dubh, mientras observaba a un hombre que paseaba por el mercado. Se llamaba Art, y lo deseó nada más verlo pasar. Después de fugarse juntos, llevaron una vida que solo puede describirse como opulenta: oh, las alcobas fastuosas, oh, las comidas exquisitas, oh, la alta costura, oh, las larguísimas horas de sueño bien entrada la mañana entre suntuosos plumones. Como esposa de Art, no le faltaba de nada. Le envidié la casa y me pregunté cuántos sirvientes se necesitarían para mantenerla en funcionamiento, cuántas mujeres sombra desempeñando su trabajo sombra, la clase de mujeres sombra de la que provengo. Eibhlín dedica estrofas enteras a su amante, repletas de descripciones tan vívidas que vibran con tan profundo amor y deseo que aún son electrizantes, pero el hecho de que el poema se compusiera después de su asesinato significa que el dolor cubre con su lúgubre sombra cada verso de alabanza. Qué potente debió de resultar aquella enumeración después de su asesinato, cuando cada detalle dicho en voz alta lo invocaba, lo devolvía a la vida impecablemente vestido, con un alfiler resplandeciente brillando en su sombrero «y el traje de

corte refinado, / cosido y tejido a medida en el extranjero». Nos muestra a un Art deseado, no solo por ella misma, sino también por otras, por mujeres distinguidas de la ciudad que

siempre
te hacían reverencias más profundas.
Con qué claridad podían ver
qué efusivo compañero de cama eras,
qué hombre con quien compartir montura,
qué hombre con quien engendrar un hijo.

Aunque la pareja vivía bajo el régimen de miedo y crueldad impuesto por las Leyes Penales, su marido era desafiante. Pese a sus muchos enemigos, Art era a ojos de Eibhlín invulnerable, hasta el día en que «vino a mí tu corcel, / con las riendas arrastrando por el adoquinado / y la sangre de tu corazón cubriéndolo desde la quijada / hasta la silla». En aquel momento aterrador, Eibhlín no vaciló ni buscó ayuda. En vez de eso, montó de un salto en aquella silla empapada de sangre y dejó que el caballo de su marido la condujera hasta su cuerpo. Entonces, presa de la angustia y el dolor, cayó ante él, plañendo y bebiéndose a tragos su sangre. Incluso en aquel descarnado momento de horror, prevalecía el deseo: dando alaridos ante su cadáver, le ordenaba levantarse de entre los muertos para mandar «hacer una cama / con mantas resplandecientes / y colchas decoradas, / para hacerte sudar y que el sudor brote a mares». Pero Art estaba muerto, y el texto que Eibhlín compuso se convirtió en un registro multiforme de alabanzas, tristeza, deseo y recuerdos.

Entre las tinieblas del dolor, la rabia es un fósforo, ya chispeante tras haber sido raspado. La poeta maldice al hombre que ordenó la muerte de Art: «Morris, piltrafa: ¡te deseo los peores tormentos! / ¡Que mala sangre te salga a borbotones del corazón y el hígado! / ¡Que tus ojos desarrollen glaucoma! / ¡Que los huesos de ambas rodillas se te hagan añicos!». Semejantes ataques de furia llamean y se disipan y vuelven

a llamear, pues este es un poema alimentado por los fuegos gemelos de la ira y el deseo. Eibhlín impreca a todos los implicados en la traición a Art, incluido su propio cuñado, «ese payaso correveidile». Rabia. Rabia y angustia. Rabia y angustia y amor. Se desespera por sus dos hijos pequeños «y el tercero, aún en mis entrañas, / temo que nunca llegue a respirar». Qué pérdidas ha sufrido esta mujer. Qué pérdidas están aún por llegar. Está sumida en el dolor, como el poema mismo; este es un texto sumido en el dolor. Duele. Cuando sonó la campana del colegio, mi hijo me encontró bajo la lluvia, mi rostro vuelto hacia las colinas en las que una vez vivió Eibhlín Dubh.

Esa noche el bebé se retorció en mi vientre hasta arrancarme del sueño. Vacilante, alargué la mano para buscar mi móvil. Mi marido, de forma instintiva, acurrucó su cuerpo dormido junto al mío; a pesar de sus ronquidos, pude notar cómo crecía duro contra el arco de mi espalda. Con el ceño fruncido, me quedé muy quieta hasta estar segura de que estaba durmiendo, luego me escabullí despacio para susurrar el poema y conjurar así una voz a través de los siglos, desde su cuerpo preñado al mío. Mientras todo el mundo soñaba, mis ojos permanecían abiertos en la oscuridad.

Cuando por fin concilié el sueño, otra madre se estaba despertando. Al sentir una boca que buscaba su leche, ella se elevó a garra viva y a pulso, se estiró y extendió sus alas, elegantes como una capa. Una cría se aferraba a su pelaje mientras ella se sacudía, preparándose para alzar el vuelo y abandonar estructuras de piedra que fueron soñadas, dibujadas y construidas por manos humanas hace una eternidad. Pronto se pondría en marcha, descendiendo y remontando el vuelo, lanzándose en picado y abalanzándose a devorar todos y cada uno de los mosquitos acuáticos que encontraba volando sobre el barrio de The Lough, mientras su cría se agarraba fuerte, mamando tan tranquila, sus ojos cerrados ante el ímpetu de su madre. Entrever a un murciélago en pleno vuelo es percibir un fognazo

en la periferia de tu campo de visión, unas comillas fantasmagóricas virando a través de la oscuridad. Un complejo sistema de ecolocalización le permite surcar la noche, guiada por los ecos que responden a su voz.

Los meses pasaron de la manera en que seguirán haciéndolo: en un torbellino de listas de la compra, gastroenteritis, huevos de Pascua, aspiradoras y facturas de la luz. Yo fui creciendo cada vez más, hasta que un día de julio radiante de morfina mi tercer hijo se abrió paso lentamente de mi vientre a mi pecho y me encontré de nuevo hecha polvo por el agotamiento de la lactancia nocturna. Durante aquellas semanas de pañales amarillos, cuando todo giraba desenfrenado en la órbita errática de necesidades ajenas, solo los versos del *Caoinéadh* permanecieron inmutables.

Al caer en la vorágine de aquellos días, me privé de algo tan preciado y nebuloso que no era yo misma sin ello. El deseo. Después del parto, todo destello de deseo era erradicado de forma tan concienzuda que me sentía vacía por completo. Para satisfacer todas sus necesidades de intimidad, mi cuerpo servía y era servido por un cuerpecito ajeno. Todavía experimentaba poderosos apetitos, pero nunca sexuales. Me encontraba ahora bajo el imperio de la leche, un océano cuyas marejadas y resacas respondían a las leyes de sus propias corrientes.

El sexo era un problema. No dejaba de doler. Durante muchos meses después de dar a luz, me sentía como si una puerta en mi interior se hubiera cerrado de golpe. Mi única aspiración en la vida era arrastrarme junto con mi agotamiento animal durante las horas de luz diurna hasta que la oscuridad me conducía finalmente a la cama y a otra noche de sueño entrecortado. Qué rápido me había abandonado el deseo; su evaporación, un raudo desvanecimiento, como la de un charco que regresa al cielo. No era yo misma. Era un enorme jersey andrajoso, mis costuras todas raídas y deshilachadas. Sin embargo, aquella prenda era tan holgada, tan suave y cómoda

que no ansiaba nada más que sumergirme en su amable corpulencia para siempre. Estaba molida hasta los huesos, sí, pero también estaba, a grandes rasgos, contenta. No obstante, consideraba aquella abstinencia un horror excesivo para imponérselo al hombre al que tanto amaba. Mientras mi marido insistía en que todo iba bien y en que esperaría gustoso a que superara el cansancio y lo deseara otra vez, descubrí que no era capaz de aceptar ese obsequio tan considerado. Así que mentí. Convertí el deseo en una tarea más que sufrir, en un ítem no escrito que se cernía al pie de mis listas. Cuando me forzaba a aquellos movimientos, estaba eligiendo un forzamiento tanto literal (dado que me dolía una barbaridad abrir de un empujón aquella puerta cerrada a cal y canto) como emocional (dado que él era un buen hombre al que yo estaba engañando deliberadamente). En cuanto al sexo, no dejaba de doler, dolía hasta hacerme morder esa triste piel entre el pulgar y el índice. Días después de que las marcas de los dientes se atenuaran, una hilera de cardenales aún puntuaba la piel. Me había convencido a mí misma de que soportar semejante dolor tenía que ser bueno si le proporcionaba placer a otro. Solo ahora veo que estaba convirtiendo mi cuerpo en otro ítem de mi lista de responsabilidades y que lo estaba haciendo sin su consentimiento. Me avergonzaba tanto de mis faltas (tanto la de honestidad como la de mi cuerpo) que me esforzaba por disimular aquella desgracia. Daba temprano las buenas noches. Ponía excusas. Dormía pegada al borde de la cama. Allí guardaba el *Caoineadh* bajo mi almohada y, cada vez que me despertaba para darle el pecho al bebé, las palabras de Eibhlín Dubh abrían una brecha en aquel nebuloso cuelgue fruto del agotamiento. Su vida y sus deseos quedaban tan lejos de los míos, y, sin embargo, parecía estar tan cerca. Más pronto que tarde el poema empezó a infiltrarse en mi vida. Mi curiosidad fue en aumento hasta sacarme de casa y dirigirme rumbo a las únicas habitaciones que podían ser de utilidad.

Mira: es martes por la mañana y un guarda de seguridad con un uniforme azul y raya en los pantalones está abriendo una puerta y haciéndose a un lado con una desenfadada inclinación de cabeza, porque allá voy, con el pelo recogido de cualquier manera en una coleta desgredada, una blusa manchada de leche, un bebé en su correspondiente portabebés, un niño pequeño en su sillita, un bolso cambiador para pañales que vomita libros y lo que solo podría ser descrito como un brillo peligroso en los ojos. Sé que tengo un margen de seis minutos, en el mejor de los casos, antes de que empiecen los chillidos, así que desmonto la sillita, rápido, aún más rápido, y le pido al mayor que suba conmigo las escaleras. «Ni se te ocurra pararte». Echo un vistazo al portabebés, donde unos párpados diminutos se agitan en sueños, dejo caer al mayor a mis pies y, echando una ojeada a mi alrededor en busca del bibliotecario que una vez me reprendió, le embuto un plátano anti-reglamentario en el puño. «Por favor», murmuro, «por favor, quédate aquí sentado, quietecito, mientras mamá tarda solo..., solo...». Saco una lista arrugada del bolso para pañales, las yemas de mis dedos recorren a la carrera los lomos de los libros. «Solo dos minutos», pienso. «Solo dos». El portabebés se retuerce y el bebé suelta un extravagante zambombazo en el pañal. Mientras sonrío (¿cómo podría no hacerlo?), saco de un tirón los últimos dos libros de la estantería. Sonrío de oreja a oreja cuando beso al mayor en el pelo, sonrío cuando coloco mi carga a un lado, escaleras abajo, pasito a paso, con una mano toda pegajosa de plátano en la mía, acompañada de una peste bastante familiar que proviene del portabebés.

Así es como una mujer en mi situación va a la caza de todas y cada una de las traducciones de las palabras de Eibhlín Dubh, que son unas cuantas y requieren otros tantos viajes a la biblioteca. Es tal el número de personas que ha decidido traducir este poema que casi parece un rito de iniciación o una serie de versiones *cover* de una vieja canción que le encanta a todo el mundo. Encuentro flojas muchas de las traducciones (textos sin vida que intentan, sin éxito, encontrarle el

trepidante pulso a la presencia de Eibhlín Dubh), pero algunas son memorables por su fuerza. Muy pocas se acercan lo suficiente a su voz para saciarme, y los anexos que la dotan de contexto son a menudo tan escasos que me dejan hambrienta. No solo hambrienta. Estoy famélica. Deseo saber más de su vida, tanto antes como después de la composición del poema. Quiero saber quién era, de dónde venía y qué pasó después. Quiero saber qué fue de sus hijos y de sus nietos. Quiero leer los detalles de su sepultura para poder poner flores en su tumba. Quiero conocerla y conocer su vida, pero soy perezosa, así que pretendo encontrar todas estas respuestas ordenaditas delante de mis propias narices, preferiblemente en un único libro de la biblioteca. La bibliografía a la que puedo acceder, sin embargo, no tiene en su mayoría el más mínimo interés en responder a curiosidades marginales. Aun así, sigo investigando, porque estoy convencida de que debe de existir algún texto, en alguna parte, que comparta mi intriga.

Una vez que he agotado las bibliotecas públicas, empiezo a pedir favores a amigos que trabajan en la universidad, a colarme en otras bibliotecas bajo identidades falsas para hacer fotocopias a hurtadillas de diversos libros de historia, volúmenes sobre traducción y artículos de revistas. Cada una de estas fuentes añade una pincelada o dos al retrato de Eibhlín Dubh que se está formando en mi cabeza. Las empleo para ampliar con nuevas palabras mis alijos de información, guardo copias bajo la cama, en el coche y junto al sacaleches. Mis semanas se decantan entre las fuerzas gemelas de la leche y el texto, semanas que pronto desembocarán en meses y, después, en años. Me he fabricado una vida en la que cada vez que me permito sentarme es para emitir pálidas sílabas de leche mientras sorbo mi oscuro sustento de tinta.